

# La flor del Yacaré

*Luis Auiñón Muelas*



---

Ojos Verdes Ediciones

*He bajado para librarle  
de la mano de los egipcios  
y para subirle de esta tierra  
a una tierra buena y espaciosa;  
a una tierra que mana leche y miel.*

Éxodo 3, 8.

# 1

Cuando dejé atrás la ciudad, tuve la sensación de haberme convertido en un barco a la deriva, en un autómatas arrastrado por una súbita fuerza que me condujera directamente hacia el abismo. Me sentí arropado por la maraña de vehículos que invadían la autopista, pero se me iba haciendo como un vacío en el estómago y un objeto puntiagudo martilleaba mi cerebro sin piedad. El cielo estaba claro. Dejé la autovía y me introduje por una carretera comarcal. Conduje despacio, serpenteando entre huertas y naranjos, perdido en el dédalo infinito de cruces, acequias y caminos vecinales que no conducían a ninguna parte. Hacía calor y una densa calina envolvía la línea azul de la playa. Apreté suavemente el pedal del acelerador para recrearme en el paisaje mientras avanzaba hacia un mundo extraño, desconocido.

Lo encontré. Estaba allí, al final de la angosta carretera. Detuve el coche, eché una rápida ojeada, entré en el *parking* y aparqué. Era una lujosa edificación situada en las cercanías de un pueblecito marinero: un edificio rectangular con dos plantas, amplios ventanales en la parte superior y un porche

de entrada con una bonita cristalera. Encima del tejado, pestañeaban las luces rojas de neón alrededor de un grácil caimán con unas palabras en inglés escritas con letras grandes y mayúsculas:

### “YACARÉ NIGHT CLUB”

A punto estuve de dar la vuelta y marcharme, de no adentrarme en aquel mundo misterioso. Pero la curiosidad del ser humano es mayor que cualquier cobardía, y no pude renunciar al deseo de explorar los secretos que se escondían dentro de aquellas cuatro paredes.

Avancé hasta la puerta y la empujé. Cuando trasasé el umbral, creí haber entrado en una cueva muy oscura. Descubrí una alargada barra y me abalancé sobre ella como si se tratara de una tabla de salvación. Me apoyé en el mostrador y esperé a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Ni siquiera me percaté de la presencia del camarero, que me lanzó su voz como un ladrido.

—¿Qué va a tomar el señor?

—Una naranjada, por favor —y me sorprendió escuchar mi propia voz.

Miré al camarero, tenía cara de *rottweiler*, y me observó también con curiosidad, preguntándose qué habría ido a hacer allí un tipo como yo.

Comencé a saborear la naranjada a cortos tragos y a pensar en la novela que pretendía escribir. A mi mente acudían frases hechas que iba guardando en la memoria para anotarlas cuando regresara a casa. Tan ensimismado estaba en mis pensamientos que no reparé en la mulata que había a mi lado y comenzaba a pasarme la mano por la espalda. Me volví hacia ella. Entonces, estampó dos sonoros besos en mi cara.

—Mi nombre es Sonia —dijo—. ¿Y tú, cómo te llamas?

Me había pillado desprevenido. No me agradaba la situación y maldije para mis adentros haberme embaucado en la aventura. Ya no deseaba escribir ninguna novela, lo único que quería era salir de aquella ratonera y regresar a casa cuanto antes.

—Juan —mentí—. Me llamo Juan.

—¡Oh, mi Juanito! ¡Oh, mi barbitas! —susurró a mi oído mientras me acariciaba la barba con su mano de uñas largas.

—Soy colombiana —dijo.

—¡Ah, muy bien! —tartamudeé—. Colombia, bonito país.

Hubo un silencio en el que no escuché más que el “uuu-yy” de la mulatita, que me pasaba la mano por la pierna y la subía lentamente hacia la bragueta, mientras yo daba un largo trago a la naranjada.

—¿Quieres subir a pasar un rato conmigo?

Mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. Miré a la muchacha: era exageradamente guapa, cuerpo escultural, pechos perfectos, no tendría más de veinte años, un verdadero monumento de mujer.

—¿No te gusto? —preguntó.

—No, por favor, no es eso —susurré.

—Entonces, ¿qué me dices?

Pensé que sería interesante conocer el precio de un servicio.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Sesenta euros —contestó la mulata.

Como no sabía la manera de eludir el compromiso, le dije que me parecía muy caro. La chica me miró poniendo cara de sorpresa y exclamó ofendida:

—¡¿Caro?!

Pero al momento volvió a ponerse melosa y a sobarme de arriba abajo, diciéndome que podía dejarlo en cincuenta;

y como siguiera sin recibir respuesta, bajó hasta cuarenta, anticipándome que aquél era el precio mínimo establecido, que no podía subir por menos. Poco después, defraudada por las evasivas, dio media vuelta y se marchó a sentarse en uno de los taburetes que estaban al lado de la pared, donde había una larga y bonita hilera de chicas.

Las observé. Parecían juguetes expuestos en la vitrina de un escaparate: bellas maniqués, modelos exhibidos en la pasarela de un desfile de moda. Lindas muñecas de todas razas y colores. Chicas a las que la guerra, el hambre y la injusticia habían arrojado sin compasión a la penumbra del Yacaré. Extranjeras lejos de sus países respirando el aire envenenado del Paraíso Occidental. Ambiente cargado de alcohol y humo. Bellas, jóvenes, rubias y morenas, sin sujetador, con los resbaladizos senos aflorando por encima del escote de las blusas de seda, los muslos relucientes bajo las minifaldas, vendedoras de sexo ofreciendo su cuerpo. Desde el mostrador, los hombres las miraban con ojos de lascivia, intentando decidir con cuál de ellas harían el amor.

—Hacer el amor, no, follar —me diría Martina tiempo después—. Sería un insulto decir que hacíamos el amor, porque no había amor, sino odio. Un odio feroz hacia los hombres que nos condujeron hasta allí, hacia los clientes, hacia el país que nos maltrató...

Resultaría monótono relatar las conversaciones que mantuve con las chicas que se me acercaron, ya que parecía que asistiera a una representación teatral repetitiva: “Dos besos. ¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres? ¿Quieres pasar un rato conmigo? Son sesenta euros. Puedo dejarlo en cincuenta. Cuarenta es lo mínimo...”. Calculé que fueron, al menos, siete u ocho las bellezas que desfilaron ante mí, utilizando las mismas tretas de persuasión. Una vez asumido el papel, me

había familiarizado con la situación y me desenvolvía con soltura. Primero fue Alicia, una chica negra, alta, bonita, de grandes pechos, la que se acercó. La siguieron Yolanda y Fátima, sus dos compañeras de Sierra Leona. Cuando Fátima escuchó mi negativa, se volvió y me dijo:

—¿Acaso no te gusta mi color?

Le hablé con delicadeza, tratando de no herir sus sentimientos. Le dije que no era eso, que su color era precioso, como ella. Además, era partidario de la igualdad sin distinción de raza, sexo o religión. Y continué con una desaforada retahíla que no entendió y eludió marchándose a ocupar un sitio al lado de la pared.

Luego fue María, una chilena morena, tan elegante y bonita que, de no estar en aquel antro, cualquier hombre hubiera dado la vida por ella. Siguió Esmeralda, una checa rubia, alta y guapa, que mostraba unas piernas impresionantes bajo una exagerada minifalda. Dana, una rusa de cara redonda y bonita, se marchó enfadada porque no quise ir a la cama con ella y pagarle cuarenta euros. Por último, se acercó una colombiana diciéndome que era de Cali, el lugar de donde proceden las mujeres más bellas y ardientes de la Tierra.

Cada vez las eludía con una disculpa. Dije que tenía que hacer un largo viaje, estaba en paro, tenía prisa, y, como no sabía ya qué disculpa poner, no se me ocurrió otra contestación que decir que era *gay*.

Cuando las chicas descubrieron que no quería nada con ellas, me dejaron solo, saboreando la tercera naranjada.

Entonces fue cuando apareció una chica que me llamó la atención. Cruzó la estancia silenciosa, con paso lento, provocando lascivas miradas en los hombres que se agolpaban en la barra. Se sentó frente al mostrador, a menos de un metro de donde yo estaba, y comenzó a pintarse las uñas. Al rato, se volvió hacia mí y me preguntó: